

Vicente Mengod

Leyendo a Cervantes



UNA larga y dolorosa novela fué la vida de Cervantes. Sus obras, nacidas de su propia y voluntaria inspiración, brotadas del conocimiento de libros y autores de la época, por excepción, tales la Galatea y el viaje al Parnaso, en las que se advierten resonancias de Montemayor y Caporali, recogen y decantan ideas y aspiraciones de una gran época española.

Sobre el Quijote se han escrito infinidad de ensayos, coincidiendo por lo general en reconocer en esta obra el doble carácter de una inspiración nacional y universal, a la vez. España revive entera en sus sentimientos permanentes hereditarios y en las formas adquiridas en siglos anteriores. Los pueblos del mundo se reconocen en sus instintos, principios, leyes y trazos inmortales.

La finalidad inmediata de ridiculizar o ensalzar los libros de caballería, fué desbordada. La sátira espiritual se convirtió en la lucha sin tregua entre las aspiraciones ideales y las exigencias de la realidad. La evidente locura del noble hidalgo rebasa la de otros batalladores esforzados. El desequilibrio entre la realidad y los sueños se manifiesta con exceso de energías. La vitalidad del héroe se brinda generosa. Los molinos y las inquietudes del hombre enamorado, las ideas políticas y el desen-

fado en la crítica literaria suponen la descarga de un potencial humano difícil de ser identificado en un solo hombre. Tal vez, por eso la figura de Alonso Quijano ha ido adquiriendo, en el transcurso de los tiempos, la calidad de símbolo, magnífico como aspiración, difícil, sin embargo, como realidad asequible.

El héroe de Cervantes vive entre libros. Sus ojos se tienden hacia las llanuras dilatadas en las que el sol quiebra sus aceros. Sólo de vez en cuando, sobre los campos de mieles ondea la rubia bandera de prometedora abundancia. Los caminos de herradura se encaraman en débiles alcores. Mientras que algún pájaro— vigía del árbol solitario—lanza su trino que se pierde en la tierra llana. Cuando el hidalgo vuelve a la casona de su lugar de la Mancha, los libros saben decirle, no la apretada erudición que puebla el cerebro, sino la generosa fantasía, que dispara el corazón, de las esforzadas hazañas de Amadís, caballero del mar y de la verde espada. Y tal vez, en horas de insomnio, lee aquella Diana y se enamora de la heroína de la más exquisita de las novelas pastoriles, obra inacabada, notable por la facilidad, armonía de la versificación e inagotable abundancia de tiernas vibraciones.

En el momento en que el Cura y el Barbero hacen el donoso y gran escrutinio en la librería del hidalgo manchego, surgen los títulos que resumen uno de los capítulos más interesantes de la literatura: Florismarte de Hircania, el caballero Platir y Espejo de Caballerías; la brillante familia de los Palmerines, las Ninfas de Henares y aquellos diez libros de Fortuna de Amor, del poeta sardo Antonio de Lofraso.

La vida de don Quijote se orienta según el esforzado ejemplo de los caballeros. Su locura, valorada con el signo de la actividad, le lleva a recobrase en el instante mismo del fracaso. Su energía desbordante, pues, exigía la fórmula literaria en la que el humor, la sátira y la armonía estableciesen un telón de fondo sobre el que se proyectase la figura del hombre que

vive buscando su propia muerte, los contornos difuminados, restallando sus pulsaciones.

Vivir una vida soñada y alcanzar los umbrales de una muerte personal, típica, saltando las tramas uniformes y previstas, constituye lo normal de las individualidades heroicas. He ahí uno de los aspectos de la singular figura lanzada por Cervantes al mundo de la fantasía.

Desde el punto de vista filosófico y literario, interesa la actitud de Don Quijote respecto de la muerte.

Durante mucho tiempo, se ha dicho que el temor a la muerte es un error que la razón humana ha de superar. Demostración, que se ha intentado de diversas maneras. Unas a veces, afirmando, a la manera de Sócrates, que el morir es como quedarse dormido, o como un paso a otra vida en la cual ha de haber objetivos. Otras, al estilo de Platón, demostrando la incompatibilidad del alma con la muerte. Sin olvidar la posición del epicúreo a quien «no le va nada con la muerte». Reflexiones, en suma, que pretenden suprimir el verdadero sentido biológico de la terminación de la vida.

Don Quijote muere abdicando de su locura. Su verdadera vida termina antes de morir. Todo el mundo de los sueños se le desvanece. Y, sin embargo, como desencantada imagen del propio Cervantes, oye, todavía deslumbrado, las palabras de Sancho, que le dice: «No se muera vuesa merced, señor mío, sino tome mi consejo, y viva muchos años; porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir. Vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado; quizá tras de una mata hallaremos a la señora doña Dulcinea desencantada».

Posiblemente, sobre la escéptica lamentación de Sancho, Don Quijote llega a soñar otra locura. ¡Hacerse pastor y animar un mundo inédito de aventuras ideales!

Cervantes, el hombre que en sus años mozos escribiera la Galatea, pone en boca de sus criaturas predilectas esa nostalgia

de la vida pastoril, entre cabreros y vaqueras, en los prados y arroyos, en las guardadas viñas, espinosas zarzas y «puntosas cambroneras».

* * *

En la figura de Dulcinea del Toboso, Cervantes insinuó la culminación de los valores femeninos. Una especie de vuelta a esa vida pastoril que lanzó sus primeros anhelos de juventud. Galatea, heroína de la obra, escrita «habiendo apenas salido de los límites de la juventud», representa el tipo de mujer al que Cervantes se refiere, como una querida resonancia, con visible reiteración.

Galatea es una especie de símbolo de claridad y brillo, luz como de sol, clásico equilibrio. La pastora de luengos cabellos sueltos al viento, de quien el mismo sol parece tener envidia, hace válida, con un marcado tornasol renacentista, la concepción platónica del amor, en cuanto supone un singular deseo de belleza.

Los críticos han señalado que Cervantes asimiló los principios del neoplatonismo a través de León Hebreo a quien cita con donosas palabras en el prólogo del Ingenioso Hidalgo; «Si tratáredes de amores, con dos onzas que sepáis de la lengua toscana, toparéis con León Hebreo, que os hincha las medidas».

Por eso, las mujeres de Cervantes y los soñadores masculinos se expresan y obran, por lo general, según normas de ideal perfección. Y así, entre los grupos de rufianes se destacan ilustres fregonas, gitanas de ingenio, mozas de singular belleza e inteligencia, esposas que alzan el honor entre esposos estrambóticos y pícaros estilizados.

La idea platónica se hace presente a lo largo de la mayor parte de sus obras. El impulso amoroso necesita la imperfección del amante. De ahí, la necesidad de idealizar los tipos femeni-

nos, casi divinizarlos, para que sea el suyo una especie de amor divino, una tendencia de lo superior y perfecto hacia lo inferior e imperfecto. Precisamente, por no darse esta circunstancia resulta imposible y casi grotesco el amor de Dulcinea. La moza aldeana no sabe rodearse de la necesaria superioridad. Y el amor de Don Quijote resulta, no ya platónico, sino un deslumbrante chispazo de locura al borde del ridículo.

Cervantes ensaya la creación de símbolos de mujer capaces de justificar los fundamentos del neoplatonismo. La curiosidad y la admiración como acicates. La imagen, contemplada desde el punto de vista de lo eterno. El amor, dirigiéndose hacia el modelo ideal para llegar más allá del ser, al bien, indiscutible venero de belleza.

La influencia de León Hebreo, genio brillante de la filosofía judaica, fué inmensa en la obra de Cervantes. Basta para ello recordar algunas de las ideas del autor de «Los Diálogos». De Hebreo surge la Filografía, nueva ciencia del amor. Sus ideas son originales. «La hermosura es gracia que deleitando el ánimo mueve a amar». ¿De quién nació el amor? «Su padre fué lo hermoso; su madre, la inteligencia preñada de la forma de lo hermoso».

No cabe duda que gran parte de las obras en que se hace alarde de un platonismo erótico recreativo tienen su origen en los principios de la citada filografía. Los «Asolancs» del Cardenal Bambo y el «Cortesano» de Baltasar de Castiglione, tienen en ellos su más clara fuente.

La forma lidiando con la materia y hermo세ándola en distintos grados, he ahí un problema de estética resuelto casi totalmente en la Gitanilla, la Galatea y el Persiles, «el último sueño romántico» de Cervantes.

Los Diálogos de Platón proyectan su luz sobre las creaciones espirituales de varios siglos en virtud de ese fenómeno de difusión que los grandes hallazgos ejercen sobre las sensibilidades y cerebros despiertos. Un examen minucioso nos llevaría a

descubrir en los pensamientos de Cervantes y de alguno de sus contemporáneos la doctrina estética del Ion y del Banquete.

* * *

Sobre los exagerados encantos de la vida pastoral se prende, a veces, la ironía. Frente a una existencia idealizada entre arroyuelos de clara linfa y música de gaitas, zampoñas, rabeles y chirumbelas, se alza la realidad del pobre ritmo de unos tejos entre los dedos y el esfuerzo de unas voces roncadas. Los nombres de fina poesía, Diana, Jacinto y Lisardo se truecan por otros menos delicados, de curso habitual: Antón, Pablo y Domingo. Las horas de ocio y lectura de libros maravillosos ceden su paso a las de ardua labor, de prosaico menester. Sólo alguna vez, Cervantes encauza su espíritu en la vieja senda de la poesía pastoril. Posiblemente, en su recuerdo actualiza el recuento de los libros en que las palabras dichas a las zagalas recobran un primitivo y emocionado sentir. Desde el libro de Rut hasta las obras de Sannázaro. Y desde la «Aminta» del Tasso y la «Aminta bagnata» de Ongaro, hasta las extrañas «Eglogas marineras» de Meli, llegando, así a poner en marcha, una vez más, la figura de Galatea, vestida a la usanza de Cloe, entonando canciones aprendidas en empolvados breviarios amorosos, las flores de su pelo robadas a otros pastores, en cercado ajeno. La simplicidad de Teócrito y la dulce melancolía de Virgilio, depositando ofrendas en el altar de los sueños.

Se ha dicho también que en la obra de Cervantes discurren fermentos erasmistas. En efecto, así es. De las obras de Erasmo, los «Adagios» y el «Elogio de la locura» han sido la de más notoria trascendencia. En los primeros, realizó Erasmo una curiosa y original compilación de proverbios de los pueblos antiguos y modernos, digno exponente de la humana sabiduría, desparramada antes en libros griegos, latinos y hebreos. Los comentarios del célebre humanista, el equilibrio del juicio y la

fin a ironía de la interpretación establecen una modalidad crítica de indudable originalidad. Enjuiciar y resolver problemas con el recurso del refrán, de la máxima o del aforismo, es lo que hace Cervantes, valiéndose, con frecuencia, de la memoria del hombre inculto, archivo, sin embargo de la sabiduría popular.

El «Elogio de la locura» es la sátira desbordada de los diferentes estados de la vida, hecha por un observador libre de prejuicios. Algo así como el triunfo del buen sentido en toda plenitud e independencia de espíritu. Sorprende en esta obra del gran humanista la libertad con que un escritor, no herético, habla de los curas y de la corte de Roma. «Con la iglesia hemos topado», exclama Don Quijote en delicada circunstancia. Y cuando la sinceridad del palurdo quiere manifestarse, la ironía, envuelta en palabras de sensatez, la desvía, sin que por eso la flecha disparada no alcance su blanco en la sensibilidad del hombre libre y dueño de sus reacciones.

El humor como forma especial de la imaginación e independencia de espíritu, la regularidad deformada en virtud de la desproporción y contraste; la ironía, delicada, mordaz, amarga, trasluciendo la faz de las cosas desde el reverso visible, la burla que brota de la inmerecida alabanza, son los fermentos erasmistas que en la obra de Cervantes ensayan sus mejores piruetas.

* * *

Durante los años de cautiverio, Miguel de Cervantes escribe algunas comedias: los Tratos de Argel y Numancia. La primera en cinco jornadas, en octavas, redondillas, verso suelto y rima encadenada. La segunda, rica en personajes reales y alegóricos: España, el Duero, la Enfermedad, el Hambre, la Fama. Cuatro numantinos representan a la sin par ciudad. La frase pulida alterna con el desahogo de la injuria. Y si «España», viendo rodeados a los numantinos con trincheras y pozos

profundos, exceptuando sólo la orilla del río, habla con el Dueño invocándole en sonoros versos, al mismo tiempo, Cambrino, el hombre de Numancia que desafía a los romanos, viendo que Escipión no acepta y le vuelve la espalda, se desahoga irritado lanzando un collar de insultos: «cobardes, fementidos, pertinaces, adúlteros, canalla y liebres».

Las figuras alegóricas ostentan gran vitalidad en el teatro de la primera época cervantina. Recurso utilizado también por Calderón en sus Autos Sacramentales.

Cervantes usó con medida la vieja reminiscencia platónica que no despreciaron los escritores de la Edad Media. El Dante la animó con señorío. Montaigne la llevó a sus Ensayos en tono moralista. Cervantes, con impulso patriótico. Y el teatro moderno recurre, como alegoría, a la creación de tipos colectivos. Incluso los textos académicos han sufrido la influencia. En la Gramática de Guarna, alzan su voz en plan de lucha y preeminencia el Nombre y el Verbo; terribles personajes de un reino, inaccesible a veces.

Leyendo a Cervantes se percibe el rumor del genio. Maravillosa virtud la de sus libros. Grandes, como el mar, dejan que el lector descubra en ellos sus personales anhelos. Sin duda, el hombre ve en las cosas su propia imagen. Tal vez, el sonido vale como acicate de vibración personal. Enamorarse de Dulcinea es siempre un callado anhelo. Ver girar los molinos, simpático deporte. Seguir los pasos de Don Quijote, sueño fracasado, inédito con excesiva frecuencia.